

EL DESAKATO DE RICARDO KESADA

Los “fanzines” (no es así tácitamente) que Kesada ha ido entregando gratuitamente por más de una década sobrepasa el décimo sexto número. Algo realmente sorprendente en nuestro estrecho medio: la Lima estrecha, arrechta, deshecha. Y no es insólito porque sea de “distribución” (tampoco así, no es “un producto”) gratuita, ni por su impresionante cantidad (ya con esto sería suficiente), sino porque nos demuestra que todavía hay artistas verdaderos, que aún mantienen encendido el áurea del arte. Esta continua performance (urbe-violencia-prehispanismo-mística-poeta-papel-iconografía-intertextualidad-fotocopia) ebulle de un inconsciente colectivo convulsionado, lo que se llama: *époka*, esa conciencia de lo colectivo en lo individual estallando en mil pedazos. El monitoreo, como en un film (cine *gore*) o una serie de video clips, de Kesada, desde una sensibilidad lírica y “plástica”, auténticamente poética, se basa en lo que él define como la línea de *El Creyente*. Este *serial* rodante o andante (“Caminas acaso como yo: pateando latas incansable por las calles aleladas/ de la infamia y la mentira?”) se remonta, como su andar quilqueño (una sección se titula *La Cucaracha que anda*, en el que se dan cita otros solitarios del mundo, dirigido a todos los suicidas al borde de la piscina), a los añiles años de guerra interna de los 80 (“recurso de la impresión: ceder terreno/ mientras nada sea asesinado”). La conjunción de poesía y collage relatando su entorno y su fatum, nos remite, visceralmente, a tiempos antiguos de luchas intestinas, de poderes encontrados, de visiones grotescas estampadas en figuras precolombinas, donde lo humano y lo sacro se fusionan, donde se une la mística y la sexualidad. Conflictos que, hasta el día de hoy, siguen estampando imágenes en el inconsciente (“Todo arte o voz genial viene del pueblo y va hacia él”). Allí estaba Guamán Poma; y en la línea de *El Creyente*, hoy, Herbert Rodríguez. Es el sempiterno *invierno en Lima*, en el que K., con toda esa historia atrás o en los subterráneos, está solo, solo entre el Eros y el Thanatos de esta urbe apocalíptica: “Te hice a la estatura de mi soledad”, se lee, acaso con sarcasmo, con formato de un aviso *komercial*, sobre un conjunto de “Cuerpos en manada”, en el que vemos a una rubia triste con las manos en las mejillas, un lobo que aúlla, un hombre con micrófono (predicador o cantante), otra rubia en bikini de espalda, un hombre acongojado en el suelo, el cadáver de una mujer, y un huaco erótico mochica: “Desmayarse, atreverse, estar furioso./ áspero, tierno, liberal./ alentado, moral./ leal, traidor, cobarde”, “Huir el rostro al claro desengaño,/ beber veneno por licor suave./ olvidar el provecho, amar el daño:/ creer que un cielo en un infierno no cabe”. El destello, producido por la combinación de los fragmentos, en esta página doble, nos da una idea del *Desakato* total-es. Vemos más: entre imágenes de una mujer en bragas, otro sujeto indefinido y agónico en el suelo, un dulce perro, y un policía antimotines con una cabeza de hombre en el brazo, leemos el título de la “plaqueta”: *Scream (if you can)*. Pasando las hojas, en la última página, una poética: “El desequilibrio es como poesía”. La represión, producto de la conquista española (“se trata en el fondo / de los miedos...”), de lo religioso (otro elemento importante) y de la angustia urbana; es otro de los ejes que construye esta suerte de “poética del desequilibrio”, de “realismo desequilibrado”, que libera a los sueños de la razón. Decir que todo arte es político es diferente a decir que todo arte es política: en el primer caso es un mero adjetivo, en el segundo es sustancia; el primero es impostura, dictadura; el segundo, ética, liberación. Esta es mi particular explicación de poeta; Dante lo era, y su Divina Comedia es una praxis a través del tiempo. El riesgo por la precariedad del material de los “fanzines” queda en segundo plano por la contundencia de la propuesta en conjunto (involucrados: poeta-ciudad-lector) y la convicción y fe, a prueba de fuego, de Ricardo Kesada, por el Arte. ¡¡Salud, K.!! (Miguel Ildefonso. Apolo, primavera de 2004)